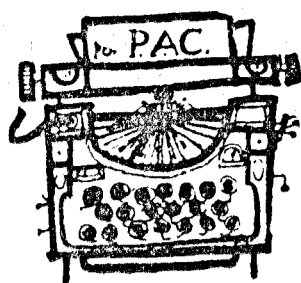


# escrito a máquina

## *El Difícil Reino Del Espiritu*



Monseñor Elchingen, Obispo de Strasburgo, rindió público homenaje —en pleno Concilio Vaticano— al gran científico Galileo, cuyo IV centenario se celebró el año pasado. El homenaje del obispo francés en la Suprema Asamblea de la Iglesia fue considerado como un símbolo del espíritu de la Iglesia, al enfocar con una luz nueva y reparadora el “caso Galileo”, condenado en . . . 1633 por la Inquisición romana, cuyos doctores y teólogos consideraron sus teorías científicas sobre el movimiento del sol como heréticas, por oponerse a ciertos párrafos de las Sagradas Escrituras interpretados por ellos al pie de la letra.

Galileo, presionado por aquel poder, se retractó, pero luego, convencido de que tenía toda la razón científica de su parte, permitió la publicación de sus estudios, lo que le valió ser condenado a prisión por herejía.

Su “caso” ha servido para innumerables ataques a la Iglesia. En realidad, si se juzga profundamente, Galileo en prisión era la Iglesia. Lo otro, una arrogancia del espíritu clerical que se apegaba ciegamente a la letra, cuando la letra sola mata, como ya había advertido San Pablo.

Hace cien años, nuestros abuelos se conmovieron por un caso de fisonomía parecida, uno de cuyos protagonistas fue don Emilio Castelar, orador de inmenso prestigio en su tiempo cuyos discursos en el Parlamento español no solamente conmovían a España sino a toda la América hispana. Fue en la sesión parlamentaria del 12 de Abril de 1869, cuando Castelar pronunció su famoso discurso —que nuestros padres y abuelos sabían de memoria—: “Grande es el Dios del Sinaí, el trueno le precede, el rayo le acompaña, la luz le envuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario . . .”

El contrincante del rugiente orador liberal era un sacerdote, el canónigo Manterola, de gran talento pero imprudentemente obcecado en el apego a la letra. En esa ocasión el canónigo discutió con Castelar, y al llegar a un punto de la polémica en que se trataba del pueblo judío, Manterola, hizo este reto: “Si los judíos llegan a constituir un pueblo con su cetro y con su bandera, o con su Presidente, porque me basta con que lleguen a ser una República, desde ese momento se ha matado la Iglesia Católica, porque se ha matado la palabra de Dios”.

Castelar contestó: “Señores diputados, me decía el señor Monterola que renunciaba a todas sus creencias, que renunciaba a todas sus ideas, si los judíos volvían a juntarse y volvían a levantar el templo de Jerusalén. Pues qué, ¿cree el Señor Manterola que los hijos son responsables de las culpas de sus padres? ¿Cree el señor Manterola que los judíos de hoy son los que mataron a Cristo? Pues yo no lo creo, yo soy más cristiano que todo eso . . .!”

Quien haya seguido el desarrollo del Concilio Vaticano sabe que, quien ganó la apuesta fue el laico Castelar y no el canónigo Manterola. El canónigo confundía, la leyenda del Judío errante con el Evangelio de Cristo. Y se jugaba toda su fe en una leyenda! En ambos ejemplos, se quiso llevar la religión al terreno que no es el suyo. Se quiso colocar la fe sobre una base falsa, sobre una seguridad arrogante de este mundo y no sobre sus fundamentos verdaderos.

Fácilmente toda religión cae —lo mismo que toda irreligión— en esta tentación de dogmatizar lo que no es dogma, de convertir en esencial lo que es accidental, de aferrarse conservadoramente a las adherencias históricas como si ellas fueran eternas y no pasajeras como es todo lo humano.

Es la posición exactamente igual a la que tomó el cosmonauta Gagarin —cuya frase cité en mi artículo pasado— quien dijo, al regresar de su viaje por el espacio que no había encontrado a Dios allí. La misma frase de aquel médico ateo del siglo pasado quien decía que nunca había encontrado el alma bajo su escalpelo. El mismo clericalismo al revés.

La grandeza de la Iglesia —Iglesia santa con miembros pecadores, como dice Maritain— es mantener el hilo de la infalibilidad, en tensa unidad y continuidad a través de esas caídas de sus miembros. A veces caen inmensas zonas históricas y sus edificaciones parecen echar al suelo el tenso hilo de dos mil años. Pero con un poco de perspectiva, se ve que la continuidad ha sido salvada e incluso se observa, en el revés de la trama, que quien parecía errado era precisamente el encargado de levantar en alto el hilo de la Verdad.

Hay en el Evangelio una interesante y sutil lección. Cuando tratan de aprisionar a Cristo en el huerto de los Olivos, Pedro toma la espada y en su equivocado golpe sólo logra cortar la oreja de Malco. Es que tomó una arma que no era la suya ni de su Iglesia, y lo que cortó fue precisamente la oreja, lo que permitía oír y convertirse a Malco. Cristo le sanó la oreja y Malco oyó y entendió.

“Quien quiera entender que entienda”, decía Cristo.